

EL POLITÓLOGO Y LA CIENCIA POLÍTICA: RETOS Y DILEMAS

Por MARCOS KAPLAN

SUMARIO

I. ACTORES, DEMANDAS Y OFERTAS.—II. SITUACIÓN DE LOS PRODUCTORES: *Elementos de una tipología*.—III. EL DEBATE DE LA CIENTIFICIDAD.

La situación y el desarrollo del politólogo y de la Ciencia Política en México y otros países de la región pasan por una fase de *incertidumbre* en cuanto a su identidad, su relevancia y sus posibilidades. El análisis y la evaluación a su respecto deben tomar en cuenta por lo menos tres dimensiones: condicionantes de la producción de los profesionales y especialistas de la disciplina y de ésta misma; logros y frustraciones, y el estado actual; posibles prioridades. En lo que sigue me ocupo de las dos primeras dimensiones, y dejo la tercera para un tratamiento separado.

El papel del politólogo y del sociólogo político, su investigación y su docencia, sus relaciones con las otras Ciencias Sociales y con la sociedad y el Estado, han tenido en las últimas décadas un notable desarrollo, cuantitativo y cualitativo, en sus actividades, su institucionalización y su profesionalización, sus productos. El avance ha sido sin embargo desigual. Logros, insuficiencias y límites, han estado directa e indirectamente condicionados, por una parte, por los cambios y conflictos en la inserción internacional y en el desarrollo interno; y por la otra por la lógica y dinámica propias de la disciplina. De este interjuego han provenidos los estímulos y apoyos, pero también las resistencias y frenos.

Sin olvidar los antecedentes de emergencia en el siglo XIX y en las primeras décadas del XX (1), el despliegue del pensamiento social y político y su cristalización

(1) Ver JUAN F. MARSAL: *Cambio Social en América Latina. Crítica de Algunas Interpretaciones Dominantes en las Ciencias Sociales*. Solar/Hachette, Buenos Aires, 1967; JOSÉ LUIS ROMERO: *Las Ideas Políticas en la Argentina*. 2.ª edición, Fondo de Cultura Económica, México, 1949; JESÚS SILVA HERZOG: *El Pensamiento Económico, Social y Político de México, 1810/1964*. Fondo de Cultura Económica, México.

en la Ciencia Política han reflejado el peso de los factores y condicionantes representados por los cambios, conflictos y crisis a partir de la década de 1930 (2).

El avance se da a partir y a través del contexto sociohistórico en general, y particularmente en entrelazamiento con lo que ocurre con las *clases medias*. Su expansión y diversificación, en capacidades y expectativas, exceden las condiciones dadas por un crecimiento desigual e insuficiente, limitante de las posibilidades de absorción y satisfacción por las fuerzas y estructuras socioeconómicas del sector privado, públicas y privadas. Restringido el acceso a la tierra, la industria y el comercio, al poder social y las posiciones políticas, la presión ascensional de las clases medias y sus demandas de mayor participación privilegian y fluyen hacia los canales de la educación, la cultura y la ideología, la ciencia y la técnica, ante todo a partir y a través de la universidad (3).

Saturadas las profesiones liberales tradicionales, en cuanto a posiciones y expectativas académicas, e incrementado el flujo masificante de alumnos, se ha ido buscando una alternativa en la producción y difusión de pensamiento social y político. La Ciencia Política y las otras disciplinas sociales ya se han ido constituyendo en la etapa precedente, como diferenciaciones dentro de facultades y disciplinas tradicionales; así Economía en las facultades de Contabilidad Pública; Antropología en las de Filosofía y Letras; Sociología y Ciencia Política en Derecho, Psicología en Filosofía y Medicina, etc.

A partir de bases previas, profesores y alumnos procedentes sobre todo de clases medias con aspiraciones de existencia y ascenso, presionan en favor de la diversificación curricular e institucional. La demanda y la oferta de nuevas disciplinas y especializaciones, y su gradual reconocimiento, se entrelazan y refuerzan mutuamente. El impacto de los cambios de la sociedad sobre la Universidad, y el proceso autoalimentado y autoexpansivo de las Ciencias Sociales en el espacio académico, retroactúan desde éste para reproducirse y amplificarse en la Sociedad. La trama de ofertas y demandas de nuevas profesiones y especializaciones nutre y justifica el desarrollo la Ciencia Política y de las otras disciplinas. A ellas se les pide teorías, metodologías, técnicas, conocimientos, para la comprensión o la racionalización *a posteriori* de lo ocurrido; para la inteligencia o el diagnóstico de lo que ocurre; para la prospectiva de lo por venir; el diseño de estrategias para operar con miras al futuro; discursos ideológicos útiles para diversas constelaciones de grupos e intereses.

(2) Un tratamiento más amplio de esta temática se encuentra en MARCOS KAPLAN: «La Investigación en Ciencias Humanas y Sociales en la Universidad Latinoamericana», *Boletín Mexicano de Derecho Comparado*, Nueva Serie, año XXII, núm. 65, México, mayo-agosto de 1989, Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM. Sobre el cambio en el contexto histórico, ver MARCOS KAPLAN: *El Estado Latinoamericano*, UNAM, México, 1996; PABLO GONZÁLEZ CASANOVA, coordinador, *América Latina: Historia de Medio Siglo*, 2 tomos, Siglo XXI Editores, México, 1.ª edición, 1977 y 1981.

(3) Ver MARCOS KAPLAN: *La Investigación Latinoamericana en ciencias sociales*, Jornadas 74, El Colegio de México, México, 1974.

Actores productores y portadores de demandas y ofertas son: la propia Universidad Nacional, el Estado, los partidos, los organismos internacionales, universidades privadas nacionales, instituciones académicas y fundaciones de países desarrollados.

I. ACTORES, DEMANDAS Y OFERTAS

1. Las necesidades consiguientes al intervencionismo y multifuncionalidad crecientes del *Estado*, de ampliación y modernización de sus instituciones, técnicas, instrumentos y mecanismos de gobierno y administración, y de formación especializada de la dirigencia política y de la burocracia superior, lo constituyen en centro de demanda y también de oferta de nuevas categorías de intelectuales y profesionales. Los formados y especializados en Ciencias Sociales, y en la producción y difusión del discurso político-ideológico, pueden ir integrando el gobierno y la administración, la burocracia pública y su constelación y clientela de instituciones e intereses organizados (4).

2. La *Universidad*, ante y sobre todo la pública, aumenta y diversifica funciones y actividades, y enfrenta conflictos y retos, por la acumulación de *demandas, responsabilidades y tareas*. Se va constituyendo hasta cierto punto como poder cultural-ideológico, social y político (5).

La Universidad se concibe y actúa según un *ideal educativo*, una *paideia*, como poder espiritual con papel emancipador. Es y debe ser sede de la razón, de la búsqueda de la verdad, por la *comunidad de cultura* que forman maestros y estudiantes, mediante la investigación, la innovación, la producción y difusión de conocimientos y cultura, la formación de elites intelectuales y profesionales, la elaboración de modelos culturales e ideológicos. La Universidad crea y reafirma su propio *espacio* de libertad, de humanismo y universalismo, con una doble dimensión académica e institucional: autonomía y pluralismo, libertad de cátedra, de investigación y de creación.

Institución integrante de un *sistema educacional*, la Universidad debe reconocer las demandas de la sociedad y del Estado, asumir los correspondientes fines y funciones, admitir límites. La Universidad es parte de la *reproducción y el cambio sociales*; opera como instrumento de selección y distribución de estudiantes, profesores e investigadores y de los contenidos de sus actividades. Organiza los *controles del saber*; en cuanto a su producción, contenido, distribución y uso. Realiza una «indexación» de la legitimidad del conocimiento y de sus productores, y contribuye así

(4) Ver M. KAPLAN: *El Estado Latinoamericano*, cit.

(5) Ver JOSÉ MEDINA ECILAVARRÍA: *Filosofía, Educación y Desarrollo*, Siglo XXI, Editores, México, 1967; SIMON SCHWARTZMAN: *América Latina Universidades en Transición*, O.E.A., Washington, 1996; MARCOS KAPLAN: *Ciencia, Sociedad y Desarrollo*, UNAM, México, 1987; MARCOS KAPLAN: *Universidad Nacional, Sociedad y Desarrollo*, ANUIES, México, 1996.

a la *jerarquización de poderes* (universitarios y extrauniversitarios). La Universidad tiene así un papel crucial en la selección y la distribución de los individuos hacia posiciones diversificadas; en la coproducción y en la correproducción de *jerarquías cognitivas y sociales*; en la estratificación de la sociedad, la cultura y el poder, en la *reproducción y el cambio sociales*.

Este papel selector y distribuidor es modelado y calificado por la *idea democrática* de una *educación universal, gratuita y obligatoria*, a la vez derecho de todos, finalidad de la Nación, obligación y necesidad del Estado. La educación universitaria es identificada además como condición de acceso a formas superiores de empleo, ingreso, bienestar, ascenso social, participación política.

La reivindicación democrática se articula con las preocupaciones pragmáticas. El acceso a la educación universitaria a la vez permite y requiere la participación en el *crecimiento económico* y la *modernización*, eventualmente el *desarrollo integral*. Se demanda y suscita la especialización, la profesionalización; el aumento de ocupaciones con más preparación científica y técnica, o más condicionadas por patrones científicos y técnicos; la disponibilidad de conocimiento sistematizado para la enseñanza y el ejercicio de profesiones, y para la producción de más y mejores conocimientos e innovaciones.

Finalmente, la Universidad cumple funciones políticas. Su ideal educativo no significa enclaustramiento, neutralidad ni indiferencia ante los problemas de la sociedad. No puede renunciar a su poder espiritual, a sus funciones investigativas, críticas, formativas y propositivas. Tiene además un papel de *gratificadora de aspiraciones* a la participación política, de las ambiciones y logros de individuos y grupos; pero también de inteligencia e información, y de capacidad para el otorgamiento autónomo y racional de legitimidad y consenso al sistema social y político.

La importancia de la Universidad por su peso y funciones, y por su masificación; el reclutamiento social de sus miembros; el impacto de conflictos y crisis, la vuelven campo y objeto de competencia política, arena y botín, para elites y contra-elites, y para grupos significativos, en cuanto al control y uso de sus recursos y posibilidades. La Universidad se convierte en sede de fenómenos políticos, de aprendizaje para la acción, y de logro y ejercicio de poderes políticos. Se ve además obligada a dar respuestas a la politización de la sociedad y de sus principales grupos y tendencias. Sociedad, clases y grupos e instituciones plantean problemas a la Universidad, le ofrecen y dan y le piden conocimientos, críticas y opciones.

La Universidad pública de México y América Latina ha respondido a una gran variedad de demandas; ha garantizado el pluralismo; ha contribuido decisivamente al potencial y la realización de la conciencia crítica, creativa y propositiva del país y la región.

3. Dirigentes y cuadros de los *partidos políticos* han ido recurriendo a la Ciencia Política como fuente de argumentos y fundamentos científicos para su praxis, análisis y programas; de empleo, ingreso y prestigio. Incorporados a las instituciones académicas, el *científico social politizado* o el *político cientificado o tecnificado*, practican en aquéllas el proselitismo que amplía sus bases y refuerza las ofertas

y demandas y la expansión de la Ciencia Política, así como introduce desde fuera variedades (*heterodoxas y ortodoxas*) del pensamiento social y político.

4. *Instituciones públicas internacionales* [Naciones Unidas (UNESCO), Organización Internacional del Trabajo, CEPAL, OEA, BID, etc.], cumplen un papel en favor de la Ciencia Política y otras disciplinas sociales. En su emergencia y desarrollo participan científicos sociales exiliados como consecuencia de las grandes crisis y conflictos internacionales, en creciente interacción con politólogos y otros científicos sociales latinoamericanos, en busca de nuevas orientaciones, teorías y métodos.

Estos organismos son fuente de demanda de especialistas y profesionales en lo sociopolítico; factor significativo en la institucionalización y la profesionalización, y en el surgimiento de una comunidad científica nacional y latinoamericana; lugar de refugio y trabajo creativo para investigadores afectados por crisis políticas y económicas de sus países de origen.

Diversidad de procedencias y orientaciones y condiciones favorables contribuyen a integrar una diversidad de enfoques; a estimular una visión y una reflexión crítica acerca de la región como un todo; diagnósticos y explicaciones sobre el subdesarrollo y la dependencia externa y su posible superación; proposiciones de políticas públicas. Ello se traduce en una masa de estudios globales, refinamientos y previsiones de perspectivas teóricas, esquemas analíticos, técnicas de investigación. El avance científico y técnico no excluye una visión realista y pragmática.

Apoyos de organismos internacionales facilitan la creación y el funcionamiento de instituciones regionales de investigación y enseñanza (v.gr. FLACSO, CLACSO), y de institutos nacionales, en respuesta a la amenaza de crisis económicas, conflictos sociopolíticos y regímenes autoritarios.

5. *Universidades y fundaciones extranjeras* (Estados Unidos, Europa Occidental, también la que fue Unión Soviética aunque en grado y con alcance menores), influyen considerablemente en el mismo sentido por confluencia de dos tendencias. Por una parte, el relativo atraso inicial de la Ciencia Política y otras disciplinas en América Latina; la escasez de recursos y posibilidades, la necesidad de ampliación del acceso a niveles superiores de empleo, ingreso y *status*; la respetabilidad de lo externo/desarrollado: todo ello contribuye a dirigir un número creciente de aspirantes a los centros desarrollados.

Por otra parte, universidades y fundaciones extranjeras asumen un papel considerable en la formación, la docencia y la investigación, como resultante de un complejo de factores: hegemonía de los Estados Unidos y peso de sus intereses y objetivos; el impacto inicial de la Revolución Cubana y la influencia del marxismo en la década de 1970, como retos a enfrentar en un contexto de Guerra Fría; el mayor interés por los problemas de América Latina en los centros académicos de Estados Unidos y luego también de Europa Occidental. A ello se agregan: la fuerte institucionalización de la Ciencia Política en los centros académicos de países desarrollados; el adelanto relativo de teorías, metodologías y técnicas; la abundancia de recursos y la capacidad de difusión: las posibilidades ofrecidas de formación, ocupación,

ingreso y *status*, en comparación con las menores posibilidades que en los mismos rubros ofrecen y aseguran las sociedades nacionales.

II. SITUACIÓN DE LOS PRODUCTORES

Generados y expandidos por esta constelación de factores, una creciente variedad de grupos profesionales, centros académicos, programas y proyectos, tienden naturalmente a la ampliación de sus bases y fuerzas desde las actividades e instituciones en que se insertan, y a las cuales manejan y controlan. Su naturaleza y situación están además condicionadas por un conjunto de circunstancias.

Politólogos y sociólogos políticos constituyen un *segmento o estrato* reclutado y desarrollado primordialmente a partir y a través de la clase media urbana, en mucho menor grado en la clase alta, casi nada en sectores populares rurales y urbanos. Su situación se caracteriza por la *ambivalencia*, en la ubicación social y en la estructura de poder, en la identidad y la autoestima, en los valores y las normas, las actitudes y comportamientos, las actividades y los resultados.

Por una parte, junto con la perspectiva profesionalizante/especializante, miembros de este segmento incorporan motivaciones y patrones de rigor científico y técnico, y de idealismo social y político, que provienen de la vocación, del entrenamiento académico, de la adquisición de convicciones sobre el quehacer, de valores de racionalidad e innovación, de tendencia a una visión histórico-estructural. A ello se agregan: la incidencia de la pertenencia a un estrato medio inestable y a sociedades en crisis, la insuficiencia y el estancamiento del crecimiento; los conflictos políticos; las amenazas (virtuales o actualizadas) de fuerzas regresivas y represivas; la emergencia de políticas e ideologías autopostuladas como exclusivas y excluyentes.. En un número considerable de politólogos y sociólogos aparecen manifestaciones de frustración y malestar, actitudes críticas y de impugnación, la disponibilidad con agentes potenciales de cambio, las propensiones (discursivas o reales) de tipo reformista o revolucionario. Estas tendencias no dejan de coexistir con expresiones de *voluntad de poder*, de fascinación por las formas y sedes eficaces para lograrlo aunque sea como coparticipación subordinada o ilusoria (6).

(6) Sobre los intelectuales y el poder, ver: GUNTER W. REMMLING: *La Sociología de Karl Mannheim*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982. FRANZ NEUMANN: «The Intelligentsia in Exile», en PAUL CONNERTON, ed., *Critical Sociology Selected Readings*, Penguin Books, New York, 1976; G. KONRAD/I. SZELENYI: *La Marche au Pouvoir des Intellectuels. Le Cas des Pays de l'Est*, Aux Éditions du Seuil, Paris, 1979; ALVIN GOULDNER: *The Future of Intellectuals and the Rise of the New Class*, Continuum, New York, 1979; JAN WACLAV MAKHAŃSKI: *Le Socialisme des Intellectuels - Textes Choisis, Traduits et Présentés par Alexandre Skirda*, Seuil, Paris, 1971; LEWIS S. FEUER: *Ideology and the Ideologists*, Harper & Row, New York, 1975; *Les Intellectuels/La Pensée Anticipatrice - Textes Réunis par Christian Biegalski*, Arguments III, 10/18, Paris, 1978; RENE LOURAU: *Le Lapsus des Intellectuels*, Editions Privat, 1981.

Por otra parte, la composición, la estructuración y los modos operativos de los politólogos reflejan las características de los segmentos sociales de origen, de la sociedad y de la situación de las ciencias en el sistema nacional. El sector de los politólogos (y otros científicos sociales) carece de integración y homogeneidad, como grupo y en sus orientaciones y modos de actuar. Ello surge, o está condicionado, por diferencias de: origen, formación, filiaciones teóricas e ideológicas, trayectorias e inserciones institucionales. A ello debe agregarse las restricciones ocupacionales; la inseguridad social y la inestabilidad política; los resultantes conflictos entre individuos y grupos, por el reparto de recursos escasos y por la ubicación en la jerarquía de rangos, *status* y poderes.

Los politólogos no llegan a ser un núcleo relativamente articulado, constituido en grandes cuerpos o reunido en instituciones protectoras e influyentes. Tampoco logran constituirse en grupo de interés o de presión, y menos aún de poder. En sí mismos y como parte de grupos más amplios de científicos sociales e intelectuales en general, los politólogos no llegan a ser una capa de intelectuales orgánicos, en relación a alguna clase o institución de significación, y por lo mismo rara vez reciben y conservan un grado significativo de reconocimiento y valoración, aunque sea como intelectuales inorgánicos a la búsqueda de algún lugar duradero y confortable en el mundo social y cultural.

En las condiciones prevaecientes de bajo nivel de la conciencia colectiva y del debate y el logro de consensos públicos sobre problemas fundamentales de la sociedad, la necesidad y utilidad de la existencia de los politólogos no resultan evidentes, ni para amplios públicos ni para sectores significativos e influyentes. No se manifiesta la necesidad y conveniencia que la vida social y política sea objeto legítimo de investigación científica; esta posibilidad es negada por grupos hegemónicos y dominantes, y no es comprendida ni asumida por clases medias y populares. La vida social y política no llega a ser penetrada por el espíritu crítico ni por la mentalidad científica, lo que contribuye a incrementar la baja transparencia o la opacidad que normalmente la caracteriza.

La imagen y la praxis de los politólogos tienden a aparecer como esotéricas e irrelevantes, o revestidas de una aureola inquietante de subversión (potencial o actual). Se constituyen con frecuencia como enclaves tolerados en instituciones públicas y privadas, carentes de bases sólidas, de poder, de *status* e influencia; afectados por diversas formas de terrorismo ideológico y discriminación.

Se genera así en los politólogos un sentimiento compuesto de inseguridad, discontinuidad, desarraigo, aislamiento, inoperancia e irrelevancia. Ello retroactúa como refuerzo de los factores disgregantes de aquéllos en tanto grupo; refuerza tendencias al dogmatismo y la sectarización (profesional, ideológica, política); a la competencia por oportunidades y recursos; al entrenchocar de agrupamientos y de estrategias rivales y conflictivas.

La constelación de instituciones (Estado, Universidad, partidos políticos, organizaciones internacionales, universidades y fundaciones extranjeras) resultan ser a la vez factores, bases, polos y marcos de la existencia y de las actividades de la

Ciencia Política y los politólogos. Apoyan a una y los otros, pero también las condicionan, en lo referente a fuentes de demandas y ofertas, de estímulos y disuasivos, de restricciones y sesgos, como reflejo de los intereses, necesidades y limitaciones específicas de dichas instituciones.

La actividad y la producción de politólogos y sociólogos políticos tienden a depender, de modo predominante aunque no exclusivo, de las señales y presiones que provienen del contexto sociopolítico interno y del exterior. Se les solicita ante todo discursos ideológicos, variedades de retórica legitimadora y laudatoria; pero también análisis críticos, interpretaciones, diagnósticos, propuestas de soluciones, proyectos, para la praxis pública y privada en y sobre la sociedad; elementos e instrumentos aptos para mejorar la comprensión, el control y la orientación de las fuerzas, procesos y conflictos que se dan en el país, en función de los intereses, necesidades y demandas de las instituciones influyentes.

Las demandas tienen así un énfasis y un sesgo considerables en lo retórico, lo ideológico, pragmático, proposicional, proyectivo y previsional, en combinaciones cambiantes. Por las mismas razones, tienden a predominar las tomas de posición, las discrepancias científicas e ideológico-políticas, la diversificación y el enfrentamiento de enfoques, conclusiones y propuestas. Análisis y diagnósticos, soluciones y fórmulas, proyectos, y los politólogos productores, son sometidos en diferentes modos a la prueba de la acción, e implicados en las luchas por el poder de elites y contraelites. Éstas tratan de imponer formas y usos de la Ciencia y la Sociología Políticas que se identifiquen con ellas y sus proyectos, las apoyen, o por lo menos no les signifiquen desafíos y peligros latentes o manifiestos; y a la inversa, para bloquear las consideradas indeseables.

Ello se ha traducido en la diversificación disciplinaria e institucional. Las Ciencias Sociales, incluso la Ciencia Política, tienden a reafirmar su existencia, legitimidad y autonomía. Se disocian y especializan en instituciones; pretenden la hegemonía, el autoencerramiento respecto a sus equivalentes rivales, la invasión de sus campos y mercados, las tendencias a la absorción e integración de sus contribuciones.

Elementos de una tipología

Bajo todos estos condicionamientos o determinaciones surge y se desarrolla una tipología de *actores de la Ciencia y la Sociología Políticas*:

1) El *científico político en sentido estricto*, que no se permite a sí mismo, o al que no se le permite, la incursión en la política, viviendo para ella o incluso de ella. Autolimitado al cultivo de la Ciencia Política, la vive como autónoma e incondicionada, poseedora de un paradigma científico-técnico en el examen y manejo de lo político, capaz de proporcionar un conocimiento objetivo, empírico, racional, desideologizado. Esta categoría —con evidentes excepciones— tiende al desarrollo de teorías, metodologías, técnicas, temáticas, investigaciones, según patrones prove-

nientes de los centros desarrollados; vgr. Economía Neoclásica, Econometría, Estructuralismo, Funcionalismo, Teorías de la Modernización y del Desarrollo Político, Teoría de los Sistemas, etc...

2) El *politólogo* puede escuchar los cantos de sirenas del poder político y del Estado y, sin dejar de serlo, tratar de transmutarse en *político*, para disfrutar de lo mejor de los dos mundos, el de la ciencia y el del involucramiento en problemas y procesos políticos reales. La praxis política se va volviendo predominante o excluyente de la dedicación a la Ciencia Política, y la contribución de ésta demuestra no garantizar necesariamente la eficacia en la acción.

3) El *politólogo-tecnoburócrata* pretende la independencia, el monopolio de la capacidad científica y la eficacia técnica para la solución de los problemas; el realismo pragmático, la neutralidad valorativa y el apoliticismo; la representación de los intereses nacionales; la función de arbitraje racional e imparcial en el manejo de los conflictos. Esta autoproclamación de capacidades y aspiraciones justifica las expectativas de goce de *status*, influencia, poder, liderazgo; la búsqueda de la cooptación y la inserción en posiciones institucionales. El objetivo es la participación en el gobierno y administración del Estado, o de grandes instituciones y corporaciones privadas, como ideólogo o comunicador o, en el mejor de los casos, como poder detrás del trono y consejero del príncipe.

4) El *politólogo comprometido* se encuentra en todo el espectro ideológico-político, aunque con el predominio del intelectual crítico, militante, reformista o revolucionario, dirigente o miembro de partido o aliado independiente, bajo la influencia o identificación en mayor o menor grado con alguna variedad del Marxismo-Leninismo-Stalinismo-Maoísmo... Y el *politólogo comprometido* niega la *neutralidad valorativa*; se exige y exige el compromiso, la toma de posición respecto a intereses valores, normas, patrones de acción. Se define al servicio de clases, ideologías, proyectos políticos, en especial a través de la mediación de un partido, grupo o secta en subordinación a su dirección y aparato, su doctrina, su programa y sus acciones. Procede a una definición autoritaria de la ortodoxia y, en función de ella, de la verdad en teoría y práctica. Su aceptación e imposición del dogmatismo bloquea la investigación, el análisis crítico, la imaginación sociológica y política. La Ciencia Política aplicada, el pensamiento social subordinado a la praxis de los aparatos, son privilegiadas sobre la reflexión teórica, la investigación empírica, la producción de conocimientos confiables, las evaluaciones críticas, la propuesta de alternativas.

Notable confirmación de estas limitaciones es la evasión, primero del análisis científico de las producciones marxista-leninistas y de los regímenes stalinistas, y luego de su colapso; incluso las insuficiencias y distorsiones de su explicación.

Las diversidades y conflictos se dan entre los profesionales y especialistas definidos por disciplinas y temáticas, y en el interior de ellas, reforzadas unas y otros, primero, por la inexistencia de paradigmas únicos, compartibles en diversos grados; y luego por la crisis de éstos y los diversos intentos de superarla, todo lo cual pasa a integrar la crisis de la Ciencia Política misma y sus profesionales. La crisis de los

paradigmas afecta a las tradiciones y corrientes anglosajonas, eurocontinentales y marxistas de variada confesión.

El predominio de la *tradición y corriente anglosajonas* durante las primeras décadas de la postguerra se evidencia en la *hegemonía del Conductismo*, desplegado en una diversidad de tendencias (hiperempirismo, teoría abstracta, funcionalismo, sistemismo). Esta área temática se caracteriza por el descuido del carácter específico y el papel peculiar del Estado, absorbido en los no siempre coincidentes conceptos de *sistema político*, o de *gobierno*. El intento de superación de la crisis de este paradigma lleva a la apertura de las investigaciones sobre el pluralismo del poder y los micropoderes.

La *tradición y corriente eurooccidentales o eurocontinentales* (Francia, Alemania, Italia) se encarnan y ejemplifican en los estudios de Ciencia Jurídico-Política, Derecho Constitucional y Filosofía Jurídico-Política. Su crisis y los intentos de superarla lleva a una recuperación del análisis sociológico-político del Estado, y a la apertura de nuevas escuelas orientaciones en el análisis del poder (Foucault, Anti-Psiquiatría, Freud-Marxismo, Anti-Institucionalismo, etc.).

La decadencia de la ideología del *Marxismo-Leninismo-Stalinismo*, enmascarada como paradigma científico, culmina con el colapso del régimen soviético y de la mayor parte de los regímenes más o menos satelizados que se crearon a imagen y semejanza y bajo la imposición de aquél, con una consecuencia catastrófica para las Ciencias Sociales y los paradigmas que se esfuerzan por superar sus propias crisis. La catástrofe proviene de la doble amalgama o identificación, entre la Teoría de Marx y la ideología marxista-leninista, y entre el proyecto histórico del socialismo y el totalitarismo soviético. Entre los escombros históricos del stalinismo ideológico-político-estatista se van cumpliendo esfuerzos —insuficientes en comparación con la magnitud del desastre— de recuperación y desarrollo de lo rescatable de dicha teoría científica y de dicho proyecto histórico.

Las diversidades, divergencias y conflictos se han ido sin embargo entrelazando con factores y tendencias de integración, que cortan transversalmente las contraposiciones aparentemente irreductibles, y dan lugar a nuevas configuraciones. En tal sentido operan, ante todo, las similitudes de origen social, de formación y trayectoria, de modos y objetivos. Se comparte la creencia en la disponibilidad de capacidades científicas y técnicas, y de su utilidad para la orientación de la sociedad, el Estado y el desarrollo de acuerdo a una racionalidad dada, y para el logro de influencia y participación en lo político-administrativo. Los diferentes grupos profesionales han sido puestos a prueba por los intentos, conflictos y crisis de las últimas décadas y sus consecuencias. Se insertan en las mismas o similares instituciones; se ven obligados a compartir recursos y posibilidades, y a enfrentar los mismos o similares riesgos y amenazas. Comparten el manejo de teorías, métodos, técnicas, problemas y proyectos. El pluralismo de paradigmas y las divergencias, los debates y críticas, inducen a la confrontación de perspectivas, esfuerzos y productos, al reconocimiento de preocupaciones compartidas por las cuestiones fundamentales de la política y el Estado y sus crisis en los respectivos países y en la región latinoamericana.

III. EL DEBATE DE LA CIENTIFICIDAD

Los politólogos y sociólogos políticos comparten una crisis de ellos como categoría y papel, y como modalidad de praxis profesional-especializante. Necesitan reforzar la propia identidad y redefinir su papel, y sus funciones, en relación a varias dimensiones (interrelacionadas), respecto a sus relaciones consigo mismo y con la Sociedad y el Estado; con las Ciencias Físico-Naturales; con las otras Ciencias Humanas y Sociales. Estas definiciones conllevan naturalmente la cuestión de la *cientificidad* de las Ciencias Humanas y Sociales.

Ante todo, el politólogo debe redefinir o reafirmar su relación *consigo mismo*, sus valores y sus normas, su autovisión, y con referencia a los principales actores, fuerzas, estructuras, procesos, alternativas y opciones, de la Sociedad y el Sistema Político.

La Ciencia Política y sus practicantes deben además mantener y elaborar la pretensión y la reivindicación de su *cientificidad*. La cuestión ha sido perturbada y oscurecida por las creencias y actitudes de la mayoría de los científicos físico-naturales bajo la influencia del *cientificismo* como ideología corporativa; por hostilidades ideológicas y políticas; y por limitaciones de los propios científicos sociales (7).

La ideología del *cientificismo* concibe la ciencia como un sistema autónomo y autodeterminado, aislado del resto del universo social, independiente de consideraciones (socioculturales, económicas, ideológicas, políticas) ajenas a él mismo. La Ciencia ocuparía un espacio autónomo y se desarrollaría exclusivamente con su propia lógica y dinámica. El resto del sistema social mantendría una relación de exterioridad y yuxtaposición, una influencia externa de apoyo o de freno, respecto a una Ciencia autocolocada por encima de la Historia, la Sociedad, los sistemas, intereses, contradicciones y conflictos.

La ciencia es además identificada con la investigación de una verdad absoluta, racional y universal. Se la reduce a un conjunto de *conocimientos* (teorías, leyes, resultados experimentales, metodologías, técnicas), verificados y establecidos por una larga práctica colectiva, mediante métodos probados, rigurosos y universales. Todo ello, logrado y loggable sólo por *especialistas*.

Así concebida, la ciencia pretende ser la única forma legítima de racionalidad, lo que la distingue de otros modos de conocimiento (práctico, filosófico, místico, artístico, político...). El conocimiento científico es buscado en relación a toda realidad (física, biológica, humana, social) como sistema de unidades elementales, captable físicamente; repetible a voluntad en condiciones de laboratorio; formalizable, matematizable, modelizable. El conocimiento científico puede y debe ser fragmentado en parcelas y en especialidades que se ocupan de ellas, ambas subdivisibles, y sometidas

(7) He tratado esta cuestión en MARCOS KAPLAN: *Modelos Mundiales y Participación Social*, cit.; MARCOS KAPLAN: *Estado y Sociedad*, UNAM, México, 1978; MARCOS KAPLAN: *Ciencia, Sociedad y Desarrollo*, cit.

das al patrimonio exclusivo, la autoridad feudal y la indiscutible competencia de *expertos*, los únicos que saben y están capacitados para comprender problemas y lograr sus soluciones. Todo lo así definido, investigado y expresado, y sólo ello, es aceptado como detentador de objetividad, verdad, universalidad, validez, legitimidad.

Correlativamente, se excluye de la realidad y de la racionalidad todo lo que no reúne aquellos requisitos y, por lo tanto, no puede ser englobado en una teoría científica: praxis, vida cotidiana, sensaciones, emotividad, experiencias, gran parte de lo práctico-sensible, especulación, subjetividad, instinto, intuición, ética.

Definida de esta manera, la Ciencia tiende a contraponerse a todo lo que sea acontecimientos, conflictos, novedad y relatividad históricas, excepcionalidad, contingencia; se las ignora, desdenna, margina, o se las evalúa como residuales, incluso patológicas. La realidad resulta así fracturada en dos esferas separadas y mutuamente excluyentes. Todo ello tiene incidencias restrictivas y negativas, en los politólogos mismos, en sus equivalentes de las otras Ciencias Humanas y Sociales, y en sus interrelaciones.

A la sombra escéptica y negativa que sobre la identidad y la autoimagen de los politólogos arrojan las ciencias Físico-Naturales y la ideología del cientificismo, se agregan el peso y las coacciones de los intereses creados, los prejuicios, los malentendidos, la ignorancia lisa y llana, sobre todo las reservas y sospechas.

Como bien destaca Anthony Giddens, la construcción y la proposición de interpretaciones de la realidad social, ponen en juego, mucho más directamente que las Ciencias Físico-Naturales, fuerzas sociales y políticas; se ocupan por definición de objetos controversiales y conflictivos en la Sociedad. La actividad de la Ciencia y la Sociología Política se caracteriza por disputas continuas sobre su naturaleza misma, concepciones rivales sobre enfoques y análisis, debates permanentes, la frecuente falta de consenso sobre problemas y soluciones posibles. Prevalce así una imagen de la Ciencia Política como rebelde o subversiva (8).

«... Lo que está en juego en las ciencias sociales —dice Maurice Godelier— es que, sin ellas no se puede conocer realmente de una manera que escape a los prejuicios, a los malentendidos, a la ignorancia, las sociedades que componen con la nuestra el mundo en que vivimos.» Por lo mismo, se puede «comprender las reservas, las sospechas incluso, que rodean a menudo a las ciencias del hombre. Dado que su tarea es construir y proponer interpretaciones de la realidad social, ellas ponen en juego, mucho más directamente que las ciencias exactas, las fuerzas sociales y políticas que trabajan en nuestras sociedades, y ellas son por este hecho, el objeto de debates y luchas que nunca pueden limitarse al único dominio de la epistemología, sino que son inmediatamente ideológicas y políticas» (9).

(8) Ver ANTHONY GIDDENS: *Sociology - A Brief but Critical Introduction*, Harcourt Brace Jovanovich College Publishers, New York, 1987, capítulo 1.

(9) MAURICE GODELIER: *Les Sciences de l'Homme et de la Société en France - Analyse et Propositions pour une Politique Nouvelle*, La Documentation Française, Paris, 1982, págs. 22 y ss.

Dentro de la tradición de la Ciencia y la Sociología Política, una corriente representada por Auguste Comte, Emile Durkheim y muchos otros continuadores, ante la importancia de la Ciencia y la Tecnología, sus logros específicos y sus contribuciones a los cambios sociopolíticos, ha buscado duplicar tales éxitos en el estudio de los asuntos humanos y sociales. En esta orientación se presupone y afirma la comunidad de lógica y método entre ambos campos científicos, la posibilidad de descubrir leyes universales, similares a las de las ciencias Físico-Naturales, que rijan los fenómenos particulares, y permitan controlar los acontecimientos y conformar el destino social y político. En esta perspectiva, la Ciencia Política sería *modelable* de conformidad con Ciencias Físico-Naturales, a través de la copia y aplicación de métodos, técnicas y objetivos.

Por el contrario, es indispensable reivindicar el carácter legítimamente científico de la Ciencia Política, pero con requerimientos, supuestos, caracteres, implicaciones, diferentes *en parte* de los de las Ciencias Físico-Naturales. Como éstas, la Ciencia Política trata con una materia y una temática compuestas de hechos observables, susceptibles de investigación empírica, cuyo sentido puede ser formulado mediante teorías y generalizaciones.

Al mismo tiempo, sin embargo como también observa Giddens, los seres humanos y las conductas y procesos sociales no son lo mismo que los objetos materiales en la naturaleza; su estudio difiere en importantes modos del estudio de los fenómenos naturales.

El observador de los fenómenos sociales y políticos es parte de los hechos de la realidad observada, a los que hasta cierto punto modifica con sus actos de observación y las conclusiones extraídas. La sociedad, los «hechos sociales», no son enfocables como objetos o acontecimientos naturales. Las sociedades sólo existen en tanto son creadas y recreadas en las propias acciones humanas.

Se da en efecto una *doble implicación* de los individuos y las instituciones. Por una parte, los seres humanos crean la sociedad al mismo tiempo que son creados por ella. Las instituciones, el sistema social, son conjuntos de patrones de actividades y relaciones sociales (entre individuos y grupos); se reproducen en el tiempo y el espacio, mediante la *repetición* de patrones similares por actores separados unos de otros en el tiempo y el espacio. El pautado de sistemas sociales sólo existe en tanto que los individuos repiten activamente formas particulares de conducta de un tiempo y espacio a otros.

Por otra parte, insiste Giddens, las implicaciones prácticas de la Ciencia Política (y de las otras Ciencias Sociales), no son ni pueden ser directamente paralelas a los usos tecnológicos de las Ciencias Físico-Naturales. Los seres humanos no se limitan a vivir en la Sociedad y la Historia. Su comprensión de la una y la otra es parte integrante de la propia Sociedad y de la propia Historia, y de lo que ellas puede llegar a ser. Resulta así insatisfactoria la idea *comptiana*, tan grata a los tecnoburócratas de toda confesión, de *Prever para Poder*, mediante una tecnología o ingeniería social. El profesional de la Ciencia Política (y de las otras Ciencias Sociales) se dirige a otros seres humanos, no a un mundo inerte de objetos. Al mostrar lo que puede pare-

cer a los implicados como inevitable e inmodificable —como una ley de la naturaleza—, se lo revela producto social-histórico, lo que otorga al análisis sociológico-político un posible papel emancipatorio (10).

La Ciencia Política es legítimamente ciencia, pero con requerimientos, supuestos, caracteres, implicaciones, diferentes, *en parte* de las Ciencias Físico-Naturales. No reposa sobre una racionalidad epistemológica totalmente diferente de las Ciencias Físico-Naturales, ni sobre métodos imperfectos o ajenos respecto a ellas.

La tarea fundamental de la Ciencia Política, como de cualquier otra ciencia social, es «analizar las condiciones de producción y de transformación de la existencia social de la humanidad bajo sus formas colectivas e individuales. Y lo hacen esforzándose cada vez más por descubrir el sentido que estas condiciones de existencia tienen para quienes las viven directamente o para quienes las observan desde el exterior, ya sea a partir de otra época (Historia) o de otra sociedad (Antropología), o incluso... dándose el equivalente de esta distancia epistemológica mediante paradigmas teóricas y metodologías estrictas» (11).

La Ciencia Política debe «reconstruir» los hechos, darles sentido en el campo de una teoría, de un conjunto de hipótesis, de procedimientos de examen y de métodos de análisis. Debe seguir la evolución de estos hechos, determinar la naturaleza de los cambios observados, aprehendiendo los acontecimientos en series que les den lugar y significado. Debe descubrir las propiedades subjetivas de los sistemas de relaciones analizadas, para deducir las leyes de su transformación.

La Ciencia Política debe liberarse de los límites impuestos por lo familiar y aparente. Debe buscar, más allá de las razones visibles que se percibe y analiza, el orden que las funda y que reposa sobre la lógica a descubrir de las estructuras y de su articulación en un sistema, de las fuerzas y procesos sociales, como definición de la naturaleza de un objeto, una relación o un conjunto dados. Por consiguiente, y en términos operativos, la Ciencia Política debe también partir de conjuntos de datos lo más vastos posibles y reunirlos en campos o series.

Si la Ciencia Política es tan ciencia como las Físico-Naturales, se diferencia de ellas —enfatisa Godelier— en que su único laboratorio es lo que la historia produjo y produce, es decir la diversidad de las formas y las prácticas sociales, pero que no son transportables a máquinas ni sometibles a técnicas de observación y experimentación, ni reproducibles a voluntad en un laboratorio de prácticas sociales, como tampoco es posible la experimentación artificial de nuevas relaciones sociales.

Pese a ello, la Ciencia Política tiene y puede tener un «núcleo duro de racionalidad», un conjunto de prácticas rigurosas. Éstas se refieren a la recolección y archivo minucioso de datos; a la confrontación de las variaciones de resultados con las variaciones de condiciones ecológicas e históricas de su producción; a la captación de invariantes.

(10) GIDDENS, cit., capítulo 1.

(11) GODELIER, cit.

La legítima pretensión de la Ciencia Política como tal contribuye a fundar la exigencia del *pluralismo*, y el rechazo de todo lo que sea autoritarismo, dogmatismo, escolasticismo, reduccionismo. La Ciencia Política no puede pretender agotar lo real, ni encerrar su objeto en paradigmas rígidos. Está condenada a la apertura, al inacabamiento, a la incertidumbre, a la extensibilidad de lo desconocido, al interminable esfuerzo de conocimiento. Ella no puede ni debe encerrarse en el aislamiento y en el exclusivismo feudal de un ámbito restringido bajo monopolio de los especialistas certificados, sino considerarse parte del esfuerzo de surgimiento y evolución de una Ciencia del Hombre y de la Sociedad que hoy no es edificio a terminar, sino teoría y práctica a construir y realizar, y cuyo problema no es la maduración sino el nacimiento. El reto y la exigencia implican una reestructuración de la configuración general del saber al respecto; la creación y extensión de brechas en los paradigmas cerrados; la apertura de cada dominio del conocimiento hacia los otros; la primacía de un pensamiento y de una teoría de tipo *transdisciplinario*, que tengan como punto de referencia y objeto los *sistemas abiertos, multidimensionales y complejos* (12).

Ello plantea la necesidad de abrir y desarrollar el diálogo entre Ciencias Humanas y Sociales y Ciencias Físico-Naturales, en la perspectiva —con ilustres precursores en padres fundadores de las Ciencias Sociales— de la unidad de lo natural y lo humano-social-histórico. En las palabras de Serge Moscovici, «la unidad de las ciencias no significa que las ciencias sociales deben seguir el modelo de las ciencias de la naturaleza, sino que debe rehacerse, en el contexto de la unidad y de la interioridad, todas las ciencias que se ha constituido en el contexto de la separación de la naturaleza y de la cultura, de la exterioridad del hombre y de la naturaleza» (13).

«Las ciencias del hombre y de la sociedad —corroborada Godelier— no pueden desarrollarse fuera o en contra del movimiento de las ciencias exactas, dirigidas hacia el conocimiento del universo físico, de la naturaleza, de la vida... Se impone a fines de este siglo xx, más que nunca, el intercambio permanente de los conocimientos y la cooperación de las investigaciones entre las ciencias del hombre y las ciencias de la naturaleza. Por razones epistemológicas fundamentales es imposible que una ciencia social particular puede desarrollarse sola y en detrimento de las otras, y es necesario, en el cuadro de una política científica, velar por el desarrollo complementario y el intercambio recíproco de todas estas disciplinas. Este recuerdo de la interdependencia de las ciencias bastaría para subrayar el peligro que habría de privilegiar algunas de ellas bajo el pretexto que responden más directamente a una demanda social» (14).

Por iguales o similares razones se impone ampliar y profundizar el diálogo y la colaboración entre la Ciencia Política y las otras Ciencias Sociales. La división del

(12) Ver EDGAR MORIN: *Le Paradigme Perdu: la Nature Humaine*, aux Éditions du Seuil, Paris, 1973.

(13) SERGE MOSCOVICI: *Hommes Domestiques et Hommes Sauvages*, Union Générale d'Éditions, Collection 10/18, Paris, 1970.

(14) GODELIER, cit.

trabajo, la profesionalización y la especialización, la institucionalización, han tendido a disociar la Ciencia Política de las otras Ciencias Sociales y de sus ámbitos y tareas, contribuyendo a la fragmentación e insuficiencia de los resultados y avances. No puede olvidarse que la sociedad, la política, el Estado, están constituidos por entrelazamientos, nexos, interacciones, de fuerzas, estructuras y procesos de todo tipo. Existe por ello una comunidad de objeto y preocupaciones. No hay en cambio divisiones definidas entre la Ciencia Política y sus disciplinas hermanas ni deseable que existan. La división intelectual del trabajo es justificable sólo de modo muy general. Las instituciones de un área están conectadas con las de las otras áreas; unas influyen sobre las otras y son influidas por ellas. La interdependencia prohíbe privilegiar una de las ciencias, bajo cualquier justificativo o pretexto. Es necesario velar por el desarrollo complementario, el intercambio recíproco, la interfertilización, a partir y a través de la apertura mutua, el diálogo, *la inter- o la trans-disciplinarietà*.

Finalmente, toda preocupación y esfuerzo por el avance de la Ciencia Política debe incluir una definición de *temas prioritarios*, y establecer y aplicar patrones racionales y precisos en cuanto a las interrelaciones entre *investigación básica e investigación aplicada*, entre Ciencia Política, Teoría Política y Filosofía Política. Cuestión ésta que excede los límites de espacio y tiempo de este trabajo, y requiere un tratamiento separado.